



Yo también sé jugarme la boca
Sabina
EN CARNE VIVA

JOAQUÍN SABINA JAVIER MENÉNDEZ FLORES

Salvajemente sinceras, rebosantes de aliento y juventud, de humor y escepticismo, de literatura y gramática parda... Así son estas páginas, en las que Joaquín Sabina, espoleado por Javier Menéndez Flores, su biógrafo, decide despejar de una vez las muchas incógnitas que rodean su existencia «jugándose la boca» y abordando, sin omitir detalle, los grandes temas de su vida: la música, la literatura, la política, la fama, las drogas y el alcohol, las santas mujeres de pago, sus auténticos amores, su familia, sus colegas de profesión, sus más feroces enemigos y sus impagables amistades, entre otros muchos asuntos de plena actualidad.

*Para Ángel González, para Pepe Caballero,
para Alfredo Bryce, para el Gabo.
Con devoción*

JOAQUÍN SABINA

*Para Edmundo Dantés, para Florentino Ariza,
para el Pijoaparte, para Dick Turpin.
Con gratitud
Y para Javier Menéndez jr.,
que aún no se juega nada,
y Margarita,
por quien me lo juego todo*

JAVIER MENÉNDEZ FLORES

A lo largo de la vida, la mayoría de nosotros construimos en su intimidad mental una historia cultural de los años en los que le ha tocado vivir. A menudo concebimos esa historia como un recuerdo colectivo que otros compartirán con nosotros. Incluso nos referimos a ella como *nuestro* tiempo. Pero lo cierto es que se trata sólo de un tiempo personal, el tiempo social, cultural e histórico de nuestra intimidad, nuestra imagen personal de lo que ha ocurrido en el mundo. [...] Trabajamos sin cesar para lograr cierta comprensión de nuestra vida y de nuestro tiempo. De modo que revisamos permanentemente nuestra historia personal del pasado hasta incluir en ella a todos aquellos en relación con los cuales hemos reaccionado en la vida: nuestros amigos, nuestros parientes, nuestros enemigos, nuestras estrellas de cine, nuestros atletas, nuestros héroes y las figuras públicas, por no hablar de todos los grandes acontecimientos, los históricos, y también de los minúsculos, por los que hemos pasado, además de todos los libros que han permanecido con nosotros, los que han contribuido a cambiar nuestra vida.

Norman Mailer,
del prólogo a *América*.

No podíamos entenderlo entonces, pero él había sobrepasado esa edad en que un hombre deja de sentir el deseo de ajustar cuentas con nadie, salvo tal vez consigo mismo.

Juan Marsé,
Un día volveré.

... Pero si me provocan
yo también sé jugarme la boca,
qué te voy a contar.

Joaquín Sabina,
Yo también sé jugarme la boca.

AVANT LA LETTRE

Hace algunos meses, en un lugar de La Mancha, el abajo firmante dejóse, de buen grado, tirar de la lengua durante cinco noches, *whisky* mediante, por Javi Menéndez Flores. Lo que pone en mi boca dicho estuvo. Todo lo demás pertenece a su exquisito e infatigable modo de entender su trabajo, tan gozosamente, tan escrupulosamente en serio.

Ojalá que ustedes lo compartan.

Joaquín Sabina

Tirso de Molina, julio de 2006.

Nota prescindible a pie de página: cada vez que aparece la palabra maricón o derivados, quiere ser o bien una definición (gay me sigue pareciendo una cursilada inaceptable) o una broma, cualquier cosa menos un insulto. (¿De verdad es necesario aclararlo a estas alturas?).

ATRIO

Qué disparate de
partida de ajedrez
con una *partenaire*
adicta al jaque mate.

El rocanrol de los idiotas
(Yo, mí, me, contigo).

VUELVO A CALLE MELANCOLÍA

He vuelto a tropezar con el pasado
y he pedido, en el bar de mis pecados,
otra copa de ron.

*Como un explorador
(Esta boca es mía).*

Vuelvo a calle Melancolía, esquina Tirso de Molina, cinco años más viejo. Y quiero pensar que esta reincidencia o vuelta a los orígenes, más que la repetición de un libro, de una vida, de una idea, es la continuación de algo que quedó inconcluso, momentáneamente en suspenso, pendiente. Puesto que en el transcurso de estos cinco años que me han marchitado un poco más el alma y la osamenta y me han alejado ya sin remisión de la inocencia, han sucedido no pocas cosas en la vida de Joaquín Sabina que merecen un exhaustivo análisis.

En estos cinco años, por ejemplo, Joaquín ha llegado a conversar con la muerte y la ha persuadido de que aún no era el momento; de que Samarcanda, maldita sea, puede esperar. Después ha conocido el miedo escénico, una suerte de agorafobia tardía, y ha despreciado la erótica de los conciertos para enclaustrarse en la casa de la que antes huía como si apestara y sacar del archivo de los asuntos pendientes el apolillado traje del escritor que quizá estaba llamado a ser; antes de que el viejo Bob se cruzara en su camino con la violencia de un canto rodado y le hiciera

cambiar la sobria Underwood por una mucho más excitante Gibson Les Paul.

Se ama lo que no se tiene, se añora lo que nunca jamás sucedió. Él, de pronto, decidió sacrificar los síes melifluos y los aplausos en vena por la soledad sin límites del escritor. Ese que no necesita del recurso tramposo de la música para apresar un desasistido corazón al vuelo.

Y es que en estos últimos cinco años, Sabina ha terminado por conceder que la condición de poeta que tantos le adjudicaban, y que él siempre se mostró renuente a aceptar, no era ni mucho menos descabellada. Un poeta que cultiva, o más bien esgrime, un verso obscenamente nihilista que propende a la letanía y a las referencias culturalistas y que, a pesar de no encontrarse en los libros en la actualidad, delata que fue forjado al calor de variadas y bien asimiladas lecturas de autores cuyos nombres forman parte de la mejor poesía en castellano de todos los tiempos.

Ya las páginas de *Perdonen la tristeza*, que es como se titulaba el libro que sobre él escribí hace un irrecuperable lustro, hablaban, amén de un singular cantante, de uno de los más altos orfebres de la canción en español. Esto es, de un artesano del verso. Sin embargo, pese a su excelencia en esas lides, Joaquín se ha negado a dormirse en unos laureles que, además, se resiste a calarse, y ha seguido buscando, con un hambre que contradice la megalomanía que muchos se empeñan en atribuirle, «la mirada constante, la palabra precisa, la sonrisa perfecta» de las letras. Si es que esa cima —ojalá que sí— existe de veras.

Esa pertinaz búsqueda de la sabiduría después del éxito, del halago estruendoso de la muchedumbre, es la primera de las dos razones por las cuales vuelvo a calle Melancolía. La segunda es que el propio Sabina, para mi sorpresa y regocijo, me ha llamado y me ha dicho: «Eh, socio, / que esto es un negocio, / échame una mano, / siéntate al teclado. / Eh, Javi, / que te necesito. / Aquí te esperan / las

tijeras / del sol, / el asfalto, el smog / y el perfume más caro...».

Porque Joaquín, tras interrogarse a sí mismo y convenir que por qué no, ha decidido jugarse la boca y hablar larga y profusamente no sólo de aquellos sucesos que en los últimos cinco años han jalonado su vida (*marichalazo*, *nube negra*, *estadía voluntaria en el dique seco*, publicación de libros de poemas millonarios en ventas, columnista en *Interviú...*), sino también de todos los asuntos que en mi anterior libro sobre él tan sólo habían sido insinuados o tocados de forma somera. Es decir, poner a disposición tanto del seguidor furibundo como del curioso ocasional sus opiniones en materia política, literaria, musical; contar sus más sabrosos secretos amicales y sentimentales y, por encima de todo, tratar de hacerle llegar el perfume unívoco y estupefaciente de su aún no agotada pero hasta la náusea expresada existencia a todo aquel espíritu desencantado que anda ávido de emociones fuertes.

Es por eso, y por mi insana e inveterada costumbre de transigir ante la extraña belleza de los retos, que vuelvo a calle Melancolía, esquina Tirso de Molina, para acometer una segunda parte biográfica menos atenta al dato que a la profundización psicológica en el personaje. Una larga charla, en fin, con ambiciosa, y no sé si insensata, vocación de biografía definitiva.

Aunque aspiro a rejuvenecer en el intento al menos una década en compañía de quien tal vez sea el último goliardo de enjundia de la música española, aquel que un lustro atrás ya era rigurosamente, diabólicamente viejo y, al mismo tiempo, tan desmesuradamente joven, no se me escapa que la carrera que nos espera a ambos será larga y difícil. Una prueba de resistencia e ingenio sobre un terreno abrupto y por momentos desconocido en el que, si cometo el error de dar un mal paso, puedo caer fulminado en el acto por una flecha de silencio o una bala de desdén. Exponerme, en resumidas cuentas, a la frustración del hermetis-

mo o al oprobio de la indiferencia. Sin duda, los mayores escollos con los que se puede topar un entrevistador.

*Pero nadie dijo que éste fuera un oficio grato.
Más bien al contrario.*

Al menos me consuela pensar que no está del todo mal pagado...

Perdonen la franqueza.

Javier Menéndez Flores

Antes del principio y inventario del porvenir.

(sin fecha).

AFINANDO LA VOZ

... Jool es una palabra ambivalente. Si pillas a tu mujer follando con otro, dices jool. Si ves un cuadro de Gauguin que te gusta mucho, dices jool. Y si ves una mierrrrda de Paco Porrás, también dices ¡jool! Es el mejor invento que se ha hecho desde Cervantes. ¿Que si se escribe con j o con h? Pienso llamar a Chiquito para preguntárselo porque llevo unos días muy preocupado pensando en cómo se escribe jool... Tenemos que hacer un capítulo sobre irse a envejecer a la reserva. Me refiero a la reserva india. A una reserva india de cinco estrellas, ¿eh? Mucho cuidado. Con unos viejos libertinos, locuaces o silenciosos, y con todas las drogas que ayuden a bien envejecer y a bien morir. ¡Es el momento de hacerse adicto a la heroína con ochenta y tantos años!... Espera un momento. Si esto ya está grabando, me pongo primero unos hielitos en el whisky... Qué hermoso sonido, ¿verdad?... ¿Te sabes aquello de Frank Sinatra y el Jack Daniel's? El mejor anuncio que he visto en mi vida, impresionante. No había dinero para pagarlo. Verás. Una vez que Sinatra, ya muy mayor, en su crepúsculo, cantó en Barcelona, a mitad del concierto extendió la mano y se le acercó un camarero con un vaso de whisky, y al lado había una botella. Entonces Sinatra dijo: «Ustedes saben. He tenido muchos amigos y he llevado una vida muy agitada, pero nunca he tenido un amigo que, como él, no me fallara nunca: se llama Jack Danie's». ¡El mejor anuncio del mundo! ¡Nunca me ha fallado! Y eso que no era etiqueta negra como mi Juanito El Caminante... Bueno, mi querido Javi. Dispara de una vez...

El inconexo soliloquio precedente y la euforia que lo vertebra dicen, créanme, mucho más de quien lo pronuncia que la mayoría de las letras de sus canciones.

Son cerca de las dos de la mañana y, aunque la primera de las entrevistas que hemos de realizar no ha comenzado aún, mi interlocutor lleva un buen rato calentando motores, pegando la hebra casi en solitario, afinando la voz. Debe de tratarse, después de más de mil quinientos conciertos y de cerca de un centenar de recitales de poesía a sus espaldas, de un claro síntoma de deformación profesional.

Joaquín está recostado en un sofá de tres plazas, descalzo y con un vaso de *whisky* preñado de hielo haciendo las veces de batuta, y yo asisto divertido al espectáculo que supone verle en acción sentado frente a él en una no del todo incómoda silla de cuero.

Sobre la imprescindible mesa de centro hay una cubitera al límite de su capacidad, una botella de Johnnie Walker etiqueta negra, café como para un regimiento, unas cuantas cajetillas de Ducados, cerveza, una docena de cintas vírgenes y una grabadora marca Sony que está registrando, con la implacabilidad de las máquinas, hasta el último de los desvaríos verbales de mi insigne acompañante.

Por cierto, inexplicablemente no siento que tenga ante mí, y a mi casi entera disposición, a lo más parecido a una estrella de *rock* que existe por estos pagos (tal y como está el patio con los catalanes, vascos, gallegos y hasta andaluces, cualquiera se atreve a decir España). Por otro lado, soy consciente de que tampoco estoy con lo que podría llamarse un amigo íntimo.

Sin embargo, respecto a lo primero, su condición de estrella, poseo la suficiente lucidez, a pesar del penetrante humo de los cigarrillos de Joaquín que desde hace un par de horas invade la habitación y de las sucesivas Heineken, como para saber que hay veces en que las sensaciones son lo de menos, y no dejo de recordarme mentalmente quién es él y por qué razón nos hemos reunido.

Y en cuanto a lo de la amistad, la verdad es que la certidumbre de que no somos Pili y Mili no ha impedido en absoluto que, de pronto, en mitad de la conversación de precalentamiento que hemos mantenido mientras veíamos, muertos de la risa, *Fahrenheit 9/11*, del necesario Michael Moore, me sintiera, con una intensidad tan real como un dolor de muelas, como si en verdad lo fuéramos. Además, qué coño. Quizá a estas alturas lo nuestro tenga más valor que lo que le une a muchos de sus allegados, de sus amigos.

—Bueno, mi querido Javi. Dispara de una vez...

La imperativa frase de Joaquín ha quedado flotando en el ambiente unos segundos, a la espera de ser atendida para que comience el ritual de pregunta-respuesta con el que trataremos (trataré) de esclarecer hasta la última de las incógnitas que rodean su, más que agitada, tumultuosa existencia.

Sé, a pesar de que lo disimula huyendo hacia delante, que está tan impaciente como yo. Lo sé porque sus ojos no dejan de decirme: «Si hay que hacer esto, cuanto antes mejor».

Le doy, pues, un largo trago a la cerveza mientras cuento hasta diez, y me inclino después hacia la mesa para cerciorarme de que la grabadora está haciendo honor a su memorioso nombre. En ese preciso momento se apodera del aire ese silencio cómplice que tan bien conozco, y noto cómo la sangre comienza a circular por las venas y en la cabeza se enciende, inclemente, el piloto que despide al compadre y da paso al periodista.

Ha llegado la hora de las espadas como labios. O mejor sería decir de los labios que se expresan con el verbo filoso de las espadas.

Y algo me dice que lo vamos a pasar bien, sí. Presiento mucha mucha adrenalina.

1

LA MENTIRA COMO UNA DE LAS BELLAS
ARTES

Es mentira que más de cien mentiras
no digan la verdad.

Es mentira (Yo, mí, me, contigo).

«Pablo Milanés tiene un verso, atribuido a mí, que
dice:

“Tengo un amigo lejano y mentiroso”.

La mentira es el arte, la poesía.

La otra cara de la verdad».

La pregunta, la impertinente pregunta, llevaba varios días lacerándome con la dolorosa tenacidad de un carnívoro punzón: ¿por dónde empezar?

Pero ahora, inopinadamente, con Joaquín delante de mí, expectante y listo ya para la contienda dialéctica, la tan ansiada respuesta acude a mi cabeza sin más. Como si ésta no pudiese ser premeditada y necesitara de la alquimia de la cercanía y la mirada para materializarse y marcar el camino a seguir.

Y esa respuesta redentora me dice que he de empezar por donde se debe empezar siempre en estos casos: dando por sentado que lo más seguro es que aquel que se tiene enfrente y que jura y perjura que dirá la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, tan sólo llegue a relatar-nos su verdad; esa realidad deformada que los años, tan partidistas y mendaces, tan mitómanos, se empeñan en perpetuar. Y eso con un poco de (buena) suerte.